

Rumble

Maitena Burundarena

Lumen

narrativa

Para mamá

Todo lo que sucede es adorable.

LEÓN BLOY

PRIMERA PARTE

El cielo está radiante y hace calor aunque todavía no son ni las ocho de la mañana. Camino por la vereda de casa rumbo al colectivo con tantas ganas de ir al colegio como de pegarme un balazo. El sol me quema la cabeza y levanto la cara, cierro los ojos y huelo el aire. En tres meses terminan las clases y no me quedan más faltas, y para pedir cinco más necesitaría tener unas notas que no tengo ni en sueños (aunque por suerte me parece que nunca sueño con el colegio). Cuando llego a Libertador, en vez de cruzar para tomar el colectivo doblo en la esquina y sigo caminando, y a través de los pelitos dorados de mi flequillo demasiado largo veo pasar el 62 sin mí.

El camino hasta el Misericordia es un campo minado. En cualquier esquina pueden estar los chicos del Sarmiento buscando cómplices para hacerse la rata. De mi colegio no se ratea nadie que yo sepa, tal vez alguna alumna del secundario. Mis compañeras de séptimo grado se pelean por entrar en el cuadro de honor o salir mejor compañera. Hay una morocha con pecas, nieta de un premio Nobel y más blanca que el bicarbonato,

que se jacta de tener asistencia perfecta. Es el cuarto colegio al que voy en siete años, pero no creo que llegue a encontrar otro tan aburrido.

Para no llamar a los hechos con la mente trato de pensar en otra cosa. Los dos alfileres de gancho que me sostienen el dobladillo de adelante del *jumper* están mal puestos y se me abulta un poco el ruedo. En la puerta de la casa de Bioy Casares hay una ambulancia. Subo por la plaza sombría de los ombúes de raíces gigantes y al salir de nuevo a la luz me quedo ciega justo en el momento de cruzar la calle. El tipo del auto que casi me atropella toca una bocina de cuarenta metros. Con paso rápido piso el pastito y busco la sombra del paredón de ladrillos naranjas del cementerio. El corazón me empieza a latir como si le hubiesen dado cuerda, pero fijo la vista en las veredas rotas y en el paredón escrito y en los bordes sucios de los canteros de los árboles y repito cuatro veces en tres meses terminan las clases y no me quedan más faltas. Trato de mantener el ritmo pero mis pasos avanzan cada vez más rápido y, aunque es lo único a lo que estoy atenta desde hace seis cuadras, cuando oigo el chifido me sobresalto.

El peligro está sentado fumando en los bancos multicolores de la heladería Saverio. Lucio sonrío y Pato se para en el banco y me saluda levantando la mano. Mientras camino los cuarenta metros que nos separan sumo todos los argumentos que me justifiquen faltar al colegio, la prueba de matemáticas para la que no estudié nada o el mapa con la división política de la Argentina que no hice. Tardo cuarenta segundos en convencerme: me conviene ratearme.

La heladería está cerrada porque es muy temprano. Lucio juega con el elástico negro que ata sus dos carpetas sin ganchos y me pregunta ¿vas a ir?

Tiene los labios más hinchados que nunca. Digo no, me parece que ya se me hizo tarde. Pato baja del banco de un salto y me abraza como si me acabara de ganar un premio. Tiene olor a chivo. No le digo Heidi porque es muy susceptible, pero lleva el chivo bajo el brazo.

Desato la faja verde de la cintura y la corbata con el escudo del colegio y las guardo enrolladas en los bolsillos del blazer azul. Los uniformes de los chicos ya no tienen escudo y les cuelgan los bolsillos deshilachados. Los dos tienen el pelo mucho más largo que el centímetro y medio arriba del cuello de la camisa que dicta el reglamento porque abandonaron el colegio hace un par de meses.

Caminamos unas cuadras para alejarnos un poco del barrio y conseguir algo de plata. Donde baja la gente de los colectivos, frente a la facultad que parece una catedral, es un buen lugar. Paramos sobre todo a los viejos, les decimos que nos robaron y necesitamos volver a casa. Primero dudan, pero cuando ven el uniforme se tranquilizan y nos dan unas monedas compadeciéndose de nosotros y quejándose de Perón.

—Antes estas cosas no pasaban; te doy la plata pero andate para el colegio, nena —me dice una señora cerrando su cartera de cocodrilo.

A veces cuando una persona me mira el uniforme con insistencia pienso si será capaz de llamar al instituto y describirme

o de empezar a gritar socorro policía. Por las dudas a veces me pongo la vincha, que me hace una cara de boluda tremenda, aunque por la misma razón prefiero no usarla delante de los chicos.

Con los sesenta y cuatro pesos que juntamos nos sentamos en un bar y pedimos tres submarinos con seis medialunas. Una máquina de algo hace el mismo sonido que una locomotora a vapor. Tsss. Me gusta mirar cómo se va tiñendo la leche de rosa cuando se derrite la barrita de chocolate. Los tres hombres sentados en la barra leen en el diario la página de fútbol. En la mesa de al lado está sentada una chica, que parece más joven que yo, con un bombo de trillizos. Siento vergüenza cuando Lucio, que no la ve porque está de espaldas a ella, dice: una perra puede quedar embarazada de varios perros distintos al mismo tiempo.

Pato sonrío sin alegría y le contesta: dudo que Dios permita una cosa así.

Lucio, que justo acaba de tomar un trago de su submarino, se ríe tanto que la leche chocolatada le sale por los oídos. Se da vuelta medio bar —la chica embarazada desapareció— y yo, como una estúpida, me tiento y me río hasta las lágrimas. Pato se ofende en serio. Su familia ayuda en las villas miseria y edita una revista que es un embole, *Cristianismo y sociedad* o algo por el estilo. Todo el camino de vuelta hasta la plaza, otra vez a la sombra del paredón naranja del cementerio, tratamos de amigarnos, pero es como si se hubiera roto un vidrio. Todo lo que le comentamos a Pato suena falso o chupamedias y encima él nos

contesta de favor, así que dejamos de hablarle. Conversamos entre nosotros sin mirarlo siquiera, y en un momento en que se agacha para atarse los cordones lo dejamos atrás.

Le pido fuego a la señora del puesto de flores, que tiene nada más que claveles, y nos tiramos a fumar en la barranca de abajo del paredón del asilo de ancianos, donde los rayos del mediodía caen como una lámpara de un millón de vatios. Nos sacamos los blazers y los suéters porque hace mucho calor. Yo me quedo en *jumper* y camisa de manga corta, y ayudo a Lucio a desanudarse la corbata y arremangarse la camisa de manga larga. Estamos tirados boca abajo uno al lado del otro con las caras tan cerca que casi no nos vemos. Sin decirnos nada nos miramos fijo, con la pupila de uno clavada en la pupila del otro, veinte minutos seguidos sin pestañear y sin movernos, hasta que de repente cierro los ojos y lo beso. El beso dura tres o cuatro besos, todos encadenados sin despegar los labios ni para respirar. Lucio me abre la boca con la punta de la lengua hasta que nos chocamos los dientes y siento que algo de la parte de adentro mío está adentro de la parte de adentro de él. No me animo a abrir los ojos para no cortar el hechizo. Nos besamos un rato largo, a pleno sol, muertos de calor en los uniformes de sarga gris, con todo el pelo del flequillo pegado en la frente y a medio metro de la cagada de un perro que había comido algo inmundo. Hasta que un señor nos chista en inglés *get up!* y nos incorporamos de golpe, acalorados y somnolientos, acomodándonos la ropa y el pelo como si nos acabáramos de despertar después de un viaje.

Pato aparece de repente, como salido de la fuente que se apoya contra el muro. Le pega una piña en el bíceps a Lucio y le dice: me fui a misa, man.

Los curas de la iglesia Del Pilar lo dejaron subirse al campanario, de donde se robó una pieza de bronce, una parte del engranaje del reloj que está roto hace años pero que si anduviera marcaría en este momento la una menos cuarto del mediodía, la hora en la que se me convierte la carroza en zapallo.

Cuando llego al palier de casa siento la tensión antes de abrir la puerta, flota en la oscuridad como un olor fuerte. Ruego que no tenga nada que ver conmigo pero tiene: llamaron del colegio para avisar que si mañana no me acompaña uno de mis padres no puedo entrar a clase. Me lo avisa la mucama en voz baja cuando entro por la cocina. Parái ché vení, me dice tironéandome de un codo hasta el lavadero.

Papá está de viaje por un seminario sobre la educación a distancia, tema en el que seguramente debe ser una eminencia porque en casa no está nunca. Mi hermano Javo sale de la nada, y me dice sonriendo: la loca te va a matar. Hace con la boca un juic y se pasa los cuatro dedos por el cuello, derechos como una cuchilla. Nada lo hace más feliz que la desgracia ajena.

Una de las cosas que mamá más odia en el mundo —y qué podio difícil, porque se queja sin parar— es tener que ir al colegio. Por suerte es casi lo único en lo que nos parecemos. Siempre dice lo mismo: yo al colegio ya fui, y no es capaz de ir a un

acto escolar ni muerta. Ni aunque actuemos alguno de sus seis talentosísimos hijos. No iba ni siquiera cuando era abanderada Mercedes, mi hermana mayor, su preferida, que es una traga a la que le encanta estudiar. Mucho menos cuando es algo que tenga que ver con los chicos o conmigo. Los chicos son mis cuatro hermanos varones, con los que me llevo mucho mejor que con mi hermana, que se hace la grande porque va a la facultad.

A mamá le cuesta levantarse temprano, se despierta de mal humor y maltrata a todo lo que se le cruza por el camino, sea una persona o un zapato. Toma pastillas para dormir y también para levantarse, pero la mucama nueva que tenemos, que es más buena que un canario, le prepara té de tilo porque dice que eso es lo que le va a curar los nervios. Una vez le hicieron una cura de sueño que la dejó bastante tranquila, pero mamá dijo que lo que la ayudaba a mantener los ojos cerrados era lo fea que era la clínica.

Todas las mañanas un minuto antes de irme al colegio entro en la oscuridad de su cuarto y voy hasta el borde de la cama a pedirle en un susurro que me firme la libreta diaria: es que anoche me olvidé de pedirte lo mami, le digo con dulzura, yo que nunca le digo mami. Le acomodo la birome entre los dedos y le guío un poco el trazo porque tiene la mano pesada, pero agarra la birome con flojera y antes de llegar al final de la firma las letras se desenredan de la palabra y se caen en una rúbrica larga de birome azul que se pierde en la sábana. Lo que queda en el casillero de la libreta es un garabato tan alevoso que nadie en el colegio se animaría a discutirme que no es de ella, habría que estar loca para falsificar una firma y hacer eso.

Desde que nos mudamos a Buenos Aires hace dos años mamá no se levanta casi nunca antes del mediodía, cuando la chica le lleva el desayuno y le corre la cortina con la persiana apenas levantada. El cuarto queda en penumbras, invadido por los rayos de luz que atraviesan las maderas horizontales de la cortina de enrollar, iluminando las partículas que flotan en el aire como polvo mágico. A la una, cuando llego del colegio, todavía tiene la cara como un globo y huele a jabón pero se hace la que está despierta hace horas.

Está recostada sobre la cama tendida recortando una receta de una revista. Tiene el velador encendido aunque está la persiana levantada, y sigue en camisón y bata pero con medias largas de nylon. Al borde de la mesa de luz en vez de sus chinelas azules están sus mocasines blancos. No está en la cama ni levantada. Se saca los anteojos y me mira, apuntándome con la tijera: ¿y ahora qué hiciste?

Deben haber descubierto que me hice la rata pero digo: no me quise confesar.

Silencio.

Ayer, cuando en la última hora una monja abrió la puerta del aula y avisó que el padre Miguel esperaba en la capilla a las chicas que quisieran ir a confesarse, yo me quedé atornillada en mi banco sin levantar la vista, lo mismo que las últimas seis veces que habían pasado con la misma invitación. No aproveché la media hora que tardás en ir a confesarte y volver para

escaparme de la clase de matemáticas porque matemáticas ya no tiene arreglo, me la llevo a examen esté o no en clase. Pero a la hora de la salida, cuando estaba formada en el pasillo lista para irme a la calle, se me acercó la hermana Inés, la misma que en la intimidad de un campamento me había contado que las monjas también se depilaban las piernas, para avisarme que el padre Miguel quería hablar conmigo inmediatamente.

Me acomodé el rollito de billetes en el elástico de la media y corrí por los pasillos haciendo cuich cuich con la suela de goma de unos botines negros que heredé casi nuevos de Javo, que tiene tres años más que yo. La capilla del colegio está en la parte nueva del edificio, escondida al fondo y rodeada de silencio. Todo muy moderno, paredes blancas, manteles almidonados y en las paredes un vía crucis incomprensible. El confesionario es un cuartito al costado. Una mesa y dos sillas enfrentadas, en una de las cuales estaba sentado el cura con un Nuevo Testamento en las manos: adelante hija, toma asiento.

Por la ventana finita como una raja que estaba detrás del cura se recortaba un pedazo de cielo. A contraluz su cara casi no se veía, pero resaltaban sus pupilas dilatadas.

—Hace mucho que no vienes a confesarte.

—Es que no tengo nada para decirle, padre...

Me miró como un búho y bajé la vista. A veces cuando iba a confesarme le inventaba mentiras para tardar lo más posible en volver a clase. Que espiaba a mis hermanos cuando se desnudaban o que alguno me había manoseado.

—¿O es que hay algo que te cueste especialmente decir? Algo que quisieras contarme pero...

—No, para nada, le juro que nada que ver.

—Tú misma —porque el padre Miguel hablaba de tú y no de vos—, tú misma me dijiste que uno de tus pecados más frecuentes es la mentira. Dime la verdad.

—¿La verdad? La verdad es que siempre le miento, padre, porque cuando pienso en los pecados de los que me tengo que arrepentir nunca encuentro ninguno.

El búho pestañeó despacio.

—Hija mía, tu pecado es la soberbia.

Juro que en ese mismo instante una nube tapó la luz que entraba por la raja y quedamos a oscuras. Como acto de contrición teníamos que rezar juntos un pésame en voz alta. El padre Miguel tomó mis manos manchadas de tinta azul entre las suyas perfumadas con colonia de pino y recitó con los ojos cerrados: pésame dios mío me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, pésame por el infierno que merecí y por el cielo que perdí pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como vos. Antes querría haber muerto que haberos ofendido y me propongo firmemente no pecar más y evitar todas las situaciones próximas al pecado, amén.

Mientras él rezaba, solo, porque yo no abrí la boca, traté de zafar mis manos de entre las suyas un par de veces pero la presión de sus dedos no me dejaba. Cuando terminó me levanté y fui directamente al baño a lavármelas, pero así y todo siguieron oliendo a pino un rato largo.

Mamá me mira incrédula. Deja la tijera sobre la cama.

—¿Levantarme a las ocho de la mañana porque no te quisiere ir a confesar? Ni loca. Los llamo por teléfono. Y después cuando vuelva tu padre que vaya él, que es al que le interesa la formación religiosa.

Tiene razón, pero encontrarlo a papá en casa es más difícil que parar un sachet de leche. Trabaja como un esclavo nubio para la Universidad de Buenos Aires. Es titular de una cátedra en la facultad pero además forma parte del Consejo Superior y también da conferencias sobre educación, va a cosas con nombres como coloquio y forma parte de organismos que nunca entendés bien a qué se dedican porque se escriben con siglas. Mamá dice que tenemos que estar orgullosos de él porque papá está haciendo cosas por la sociedad, cosas mucho más elevadas que ser un raso padre de familia. Igual cuando llega tarde a cenar lo insulta como si viniera de un burdel.

Papá trabaja para escaparse de su casa como todos los padres, pero además está preocupado de verdad por el bien común y el hombre con mayúsculas, y tiene ocupaciones muchísimo más importantes que su familia. Sobre todo con la familia que tiene, mis cinco hermanos y yo que nos vivimos matando por cualquier cosa y una esposa maníaco-depresiva que está medio loca. A todas sus secretarías alguna vez les tocó atender por teléfono a mamá llorando, o gritando o pidiendo auxilio porque Mercedes la quería estrangular. Todas alguna vez tuvieron que

tomar el recado de que se fuera a la puta que lo parió y de que si no venía esa noche a comer a casa no volviera nunca más.

La revista sobre su regazo está abierta en una de esas recetas que después nos obliga a comer bajo amenazas: una torre de panqueques y espinacas recubierta con un baño de caramelo. Mamá da vuelta las hojas mojándose la punta del dedo con la lengua, cosa que papá considera muy vulgar, pero sin mirar nada; pasa las páginas cada vez más rápido, con una fuerza que parece que las va a arrancar. Al levantar el tono la voz se le aflauta y la piel se le pone roja como un fruto venenoso.

—De todas maneras estás castigada, ¿me entendés?, basta de vivir de vaga por ahí toda la tarde atorranteando, ¡te quedás en casa y no salís hasta que yo te diga! Ordená tu cuarto, leé un libro, conversá con tus hermanos pero de acá no te movés y me vas a tener que obedecer aunque no quie...

Se queda sin aire y tose como si se fuera a morir ahí mismo pero no atino a hacer nada, ni a acercarle el medio vaso de agua que está sobre la mesa de luz ni a palmearle la espalda. Miro impávida cómo se le llenan los ojos de lágrimas y toda la cara se le convulsiona hasta que toma aire muy profundo y para, con un jadeo y un suspiro, se suena la nariz con un pañuelo y se limpia las mejillas con el dorso de los dedos.

No me recrimina por haberla dejado morir, vuelve a la carga con el colegio.

—¿No tenés nada que estudiar? ¡Vos nunca tenés deberes pero después traés unas notas que dan vergüenza!

Cierra la revista con violencia y la revolea por el aire. Me

mira con furia. Destella en sus ojos grises como una estrella formada por las puntas de muchos cuchillos. Resopla y toma aire con un temblor.

—¿Sabés lo que sos vos? Una mentirosa.

Es cierto. Y esa misma tarde, cuando se mete en la cama a dormir la siesta tres horas después de haberse levantado, me escapo de nuevo a la calle.